

Rasiquères, 16 de Abril de 1941.

Srta. Felipa Costabella.

Querida: Estamos a miércoles y no he recibido todavía tu carta correspondiente. De todos modos, no quiero mandarte la mía con excesivo retraso. Por eso, no aguardo más.

Como nada puedo contarte, poca cosa podré escribirte. Mi vida y la de mis familiares ni que como de costumbre: ~~trabajando~~ y comiendo, eso último aún con restricciones.

Ahora, los días festivos no son para mí tan aburridos como antes. Ahora puedo leer y estudiar. Y eso me divierte. No estando el domingo, ¿quién, si no los libros, puede proporcionarme algún placer? Sobre todo, teniendo los tan variados, aunque ninguno pueda considerarse de mero pasatiempo. Pero, ya lo sabes, yo prefiero las obras de estudio a las novelas. El "Grand Mémento", aparte su rico caudal de texto, es interesante en extremo por su esmerada y profusa ilustración, principalmente a base de reproducciones fotográficas, algunas en color, de las mejores obras de arte.

Pepito me dijo haber recibido una carta de su amigo Puig, el cual actualmente trabaja de leñador y sostiene regularmente, según dice, correspondencia con Pipernet.

¿No he escrito Narciso si le alcanza, o

presume que le alcanzará, la reciente ley de amnistía?

Espero y deseo que tu hermano continúe mejorando sensiblemente, hasta su completa y pronta curación.

Dos semanas me faltan para cumplir 30 años. A pesar de las penalidades sufridas, ¡qué veloz he pasado el tiempo! Llevo cerca de 4 años ausente de ti y de mi familia. ¡Qué existencia tan dura y tan intensa en este período! No me doy exacta cuenta, pero sospecho que, cuando nos reunamos, vas a encontrarme muy cambiado. No es que haya envejecido exageradamente, antes lo contrario; ni que el fondo de mis ideas haya sufrido transformación. Sin embargo, cuatro años de vida agitada, azarosa, a veces errante, siempre anormal, han tenido que dejar huella en mi cuerpo y en mi espíritu. Algo parecido debe haber pasado en ti, aunque tú probablemente no lo observes.

"Paran [cinco años]. Vuelve él, y al verse exclaman él y ella:

— ¡Dios mío! ¡Y éste es aquél?

— ¡Dios mío! ¡Y ésta es aquélla?"

Mas no; nosotros, ni hemos cambiado, sólo podemos haberlo hecho superficialmente. No nos encontraremos desconocidos. Y, por encima de todo, nos queremos aun más que nunca, ¿verdad?

Recuerdos. Tuvo siempre,

Bobigo